H. P. LOVECRAFT Y AUGUST DERLETH

LA HABITACION CERRADA

A la hora del crepúsculo, el salvaje y solitario campo cercano a la villa de Dunwich, en la parte central del norte de Massachusetts, parece más despojado y amenazador que durante el día. El crepúsculo tiñe los campos desolados y las colinas con raras tonalidades que hacen resaltar todos los elementos del paisaje. Desde los árboles antiguos, las paredes de piedra rodeadas de rosales y cercanas a la polvorienta carretera, los bajos pantanos con su profusión de luciérnagas y sus inevitables chotacabras que compiten con el croar de las ranas y el canto ronco de los sapos, hasta las sinuosas curvas que forma el Miskatonic en su curso superior al fluir entre las oscuras montañas hacia el mar y que parecen cerrarse en torno al visitante en un intento de agarrarle y no dejarle escapar, todo parece impregnado de una tensa vigilia sensiblemente hostil.

Camino de Dunwich, Abner Whateley sintió todo esto otra vez, como lo había sentido en una ocasión cuando era niño y había salido corriendo y pidiendo con gritos de terror a su madre que le llevase lejos de Dunwich y lejos del abuelo Luther Whateley. ¡Hacía tantos años! Había perdido la cuenta. Era curioso que aquel paisaje le siguiera afectando de aquel modo, pese a todos los años que habían transcurrido desde entonces -sus años en La Sorbona, en El Cairo, en Londres-, pese a todo lo que había aprendido y asimilado como experiencias desde aquel momento y que hacían parecer más remotas aún sus tempranas visitas al ceñudo y anciano abuelo Whateley en su vieja casa cercana al molino a orillas del Miskatonic. La campiña de su niñez salía ahora de la neblina del tiempo como si hubiese sido ayer cuando visitó por última vez a sus familiares.

Ya no quedaba nadie: mamá, el abuelo Whateley, la tía Sarah, a la que nunca había visto y sólo sabía que vivía en algún lugar de la vieja casa, el odioso primo Wilbur y su terrible hermano gemelo que pocos habían conocido antes de su espantosa muerte en la cima de Sentinel Hill. Pero, según pudo comprobar mientras atravesaba el puente cubierto, Dunwich no había cambiado. La calle principal se hallaba bajo el tenebroso pico de Round Mountain. Sus tejados, de estilo holandés, estaban tan podridos como siempre, sus casas desiertas, y sólo se mantenía en pie la vieja iglesia con el campanario roto. Pesaba sobre todo aquello un aura de destrucción.

Se desvió de la calle principal y tomó una carretera escarpada que ascendía por la ribera, hasta que llegó a un lugar en el que había una gran casa y un molino con una enorme rueda en la orilla del río. Era ahora propiedad suya. El testamento del abuelo Whateley estipulaba que se asentase en la propiedad y «diese los pasos necesarios para llegar a la disolución que yo mismo no pude realizar». Una curiosa condición, pensó Abner. Pero, por otro lado, todo cuanto

concernía al abuelo Whateley había sido extraño, como si la decadencia de Dunwich le hubiese contagiado irremisiblemente.

Nada resultaba más extraño que la llegada de Abner Whateley, abandonando una vida cosmopolita para cumplir con los deseos de su abuelo y hacerse cargo de una propiedad que casi no compensaba el esfuerzo que suponía llevarla adelante. Reflexionando tristemente, pensó que los parientes, que aún vivían cerca de, o en el propio Dunwich, podrían tomar a mal su regreso, teniendo en cuenta la extraña reclusión en que habían vivido la mayoría de los Whateley de la vecindad, particularmente desde los terribles acontecimientos que habían sacudido a la familia Whateley en Sentinel Hill.

La casa parecía estar como siempre. La parte que daba a la orilla del río estaba ocupada por el molino, que hacía ya mucho tiempo había dejado de funcionar, y cada vez aparecían más arrasados los campos que contorneaban Dunwich. Salvo una habitación sobre el molino -la de la tía Sarah-, la parte del edificio que lindaba con el Miskatonic había sido abandonada desde los tiempos de su juventud, desde la última vez en que Abner Whateley había visitado a su abuelo, que vivía solo, con excepción de la tía Sarah, a la que nadie veía nunca y que habitaba en su habitación cerrada, con la puerta atrancada. Nunca andaba por la casa porque se lo tenía terminantemente prohibido su padre, de cuya dominación sólo la muerte logró liberarla.

Una galería semiderruida en una de las esquinas de la casa rodeaba la parte habitada; en el entramado que soportaba el alero había grandes telarañas, a las que nadie, excepto el viento, molestaba a lo largo de los años. Y el polvo estaba en todas partes, dentro y fuera, según pudo comprobar Abner cuando descubrió la llave correcta entre todas las que le mandó el abogado. Encontró una lámpara y la encendió; el abuelo Whateley tenía proscrita la electricidad. Al amarillento resplandor de la luz, la vieja cocina que le era tan familiar, con su mobiliario del siglo XIX, le afligió con violencia. Su desolación, las sillas y mesas hechas a mano, el reloj de cien años en la repisa, la escoba gastada, todo eran tangibles recuerdos de su niñez obsesionada por el miedo que le producían sus visitas a la formidable casa y su aún más formidable ocupante, el viejo padre de su madre.

La luz de la lámpara dejaba entrever algo más. En la mesa de la cocina había un sobre dirigido a él, con una letra tan desgarbada que sólo podía ser de un hombre muy viejo o poco firme: su abuelo. Sin preocuparse de traer el resto de las cosas del coche, Abner se sentó a la mesa, sopló el polvo de la silla y un trozo de la mesa para permitirle poner los codos, y abrió el sobre.

Una escritura encrespada apareció ante él. Las palabras eran tan severas como recordaba que había sido su abuelo. Comenzaba bruscamente, sin una palabra de afecto, ni tan siquiera un saludo estereotipado.

«Nieto:

»Cuando leas esto, hará ya meses que me habré muerto. Quizá más, a no ser que te encuentren antes de lo que preveo. Te he dejado una cantidad de dinero -todo lo que tengo a la hora de mi muerte- que actualmente está en el banco de Arkham a tu nombre. No hago esto sólo porque seas mi único nieto, sino porque entre todos los Whateley -somos un clan numeroso, hijo- tú has recorrido mundo y has recopilado conocimientos suficientes como para permitirte mirar las cosas con mente inquisidora, sin la superstición de la ignorancia ni la superstición de la ciencia. Tú entenderás lo que quiero decir.

»Es mi deseo que por lo menos la parte de esta casa que da al molino sea destruida. Que se deshaga tabla a tabla. *Si encuentras algo vivo en ella, te ordeno solemnemente que lo mates. No importa su pequeñez. No importa su forma. A lo mejor te parece humana, pero puede engañarte y poner en peligro tu vida y sabe Dios la de cuántos otros.*

»Prométeme que lo harás.

»Si parece que suena a locura, por favor recuerda que algo peor que la locura ha caído sobre los Whateley. Yo me he librado. No ha ocurrido lo mismo con todo lo que me ha pertenecido. Aquellos que se niegan a creer en lo que no saben y niegan su existencia son locos aún más testarudos que aquellos de nuestra sangre que han sido culpables de terribles prácticas y blasfemias contra Dios, y cosas peores.

»Tu abuelo, Luther S. Whateley »

¡Típico del abuelo!, pensó Abner. Recordó, traído a su recuerdo con esta enigmática y severa comunicación, que una vez en que su madre mencionó a su hermana Sarah, tapándose en seguida la boca con los dedos, él había corrido hacia su abuelo a preguntarle:

-Abuelo, ¿dónde está la tía Sarah?

El viejo hombre le había mirado con ojos del tamaño de una basílica y contestó:

-Muchacho, aquí no se habla de Sarah.

La tía Sarah había ofendido al abuelo en alguna forma espantosa -espantosa al menos para ese fanático de la disciplina-, pues desde ese día, en el recuerdo de Abner Whateley, su tía había sido simplemente el nombre de una mujer, hermana mayor de su madre, encerrada en una gran habitación sobre el molino, invisible tras esas paredes, con las contraventanas firmemente clavadas. Se les había prohibido a Abner y a su madre pasar ante la puerta de la habitación cerrada. Pese a ello, en una ocasión Abner se había encaramado a la puerta y había pegado la oreja contra ella para escuchar los ruidos de respiración y los quejidos que provenían del interior, como si fuesen de una persona voluminosa. Había decidido que la tía Sarah debía de ser tan grande como una de esas

gordas de circo. Había que ver lo que devoraba, a juzgar por los platos de comida. Principalmente comía carne, que debía prepararse ella misma, pues generalmente estaba cruda. Se la llevaba a la habitación dos veces al día el viejo Luther Whateley, pues no había criados en la casa. Y no los había habido desde que la madre de Abner se había casado, tras el regreso de la tía Sarah, que volvió muy extraña y aturdida de visitar a un pariente en Innsmouth.

Dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre. Pensaría en el contenido otro día. Necesitaba ante todo encontrar un sitio para dormir. Salió fuera, sacó las dos maletas que había dejado en el coche y las trajo a la cocina. Entonces cogió la lámpara y entró en el interior de la casa. Pasó sin detenerse por el anticuado salón, que se mantenía cerrado salvo cuando venían visitas, y nadie más que los Whateley visitaban a los Whateley en Dunwich. Se dirigió a la habitación de su abuelo; era lógico que ocupase la habitación de su abuelo, ya que él era ahora, y no Luther Whateley, el dueño.

La gran cama doble estaba cubierta de ejemplares descoloridos del *Arkham Advertiser*, cuidadosamente colocados para proteger la delicada tela de la colcha, que había sido bordada con un trabajoso diseño, indudablemente una herencia de los Whateley. Colocó la lámpara en el suelo y retiró los periódicos. Cuando abrió la cama vio que estaba fresca y limpia, lista para ser ocupada; algún primo de su abuelo, conocedor de su próxima llegada, se habría ocupado de esto después de las exequias.

Cogió sus maletas y las llevó a la habitación, que estaba en una esquina de la casa, en el punto más alejado del pueblo: aunque apartadas de la orilla, sus ventanas daban al río. Abrió la que tenía una tela metálica en la parte inferior y se sentó en el borde de la cama, pensando en las circunstancias que le habían traído a Dunwich después de tantos años.

Se sentía agotado. El denso tráfico de Boston le había cansado. El contraste entre la región de Boston y el desolado territorio de Dunwich le deprimía y le resultaba incómodo. Además, le invadía una impalpable inquietud. De no haber necesitado la herencia para continuar sus investigaciones en el extranjero acerca de la antiguas civilizaciones del Pacífico Sur, no habría venido aquí. Pero los lazos familiares existían, por mucho que los negase. El viejo Luther Whateley siempre había sido severo y dictatorial, pero era el padre de su madre, y el nieto debía lealtad a su sangre.

Round Mountain se elevaba fuera, cercano a la habitación; sentía su presencia como la había sentido cuando era niño y dormía arriba. Los árboles, durante mucho tiempo sin podar, se apelotonaban contra la casa; y de uno de ellos, a esta hora de profundo crepúsculo, caía en el tranquilo aire de verano el sonido de las notas de un búho. Se reclinó por un momento, adormecido por el extraño y agradable canto del búho. Un millar de pensamientos se acumularon en su mente, innumerables recuerdos. Se vio otra vez de pequeño, siempre algo

asustado de divertirse a solas en estos vedados alrededores, siempre contento al llegar y más contento aún al marcharse.

Pero no podía permanecer así, aunque le resultase cómodo: había tanto que hacer antes de irse que no podía permitirse ni un mínimo descanso, si no quería comenzar con mal pie su nebulosa tarea. Se levantó de la cama, cogió otra vez la lámpara y empezó a hacer una ronda por la casa.

Fue al comedor, que estaba entre la habitación y la cocina. El comedor tenía un mobiliario duro, incómodo, artesanal. De ahí se dirigió al salón. El mundo que se ofrecía al abrir la puerta, por los detalles del mobiliario y la decoración, era más cercano al siglo XVIII que al XIX, y, desde luego, muy alejado del XX. La ausencia de polvo era debida a lo bien que ensamblaban las puertas que separaban esta habitación del resto de la casa. Subió por las escaleras al piso de arriba y recorrió habitación tras habitación. Todas estaban polvorientas, con las cortinas descoloridas, y el aspecto general era de no haber sido ocupadas durante muchos años, incluso antes de que muriese el viejo Luther Whateley.

Entonces llegó al pasillo que conducía a la habitación cerrada, el escondrijo o prisión de la tía Sarah, ya no podría saber qué había sido, e, impulsivamente, bajó y se paró delante de la puerta prohibida. Ningún sonido de respiración, ningún quejido le saludaba ahora, nada en absoluto mientras permanecía enfrente de ella, recordando, aún fascinado por el hechizo de la prohibición de su abuelo.

Pero no había razón alguna para continuar respetándola. Sacó el llavero y pacientemente probó una llave tras otra en la cerradura, hasta encontrar la que correspondía a ella. Saltó el pestillo y empujó. La puerta se abrió con un chirrido. Alzó la lámpara.

Había esperado encontrar el dormitorio de una mujer, pero la habitación cerrada ofrecía un aspecto sorprendente: había ropa de cama tirada por todas partes, almohadas en el suelo, restos de comida seca en una gran bandeja escondida detrás de un escritorio. Un extraño olor íctico dominaba el cuarto, y le abofeteó con tal dosis de humedad que casi no pudo reprimir una mueca de asco. La habitación estaba destrozada; además, tenía el aspecto de haber estado en ese desorden salvaje durante mucho, mucho tiempo.

Abner depositó la lámpara en el escritorio separado de la pared, cruzó hacia la ventana que daba al molino y la abrió. Forcejeó para abrir las contraventanas hasta que recordó que habían sido clavadas. Entonces se apartó, alzó un pie y dio una patada a las contraventanas para que una bocanada de aire fresco penetrara en la habitación.

Dio la vuelta y del mismo modo hizo saltar las contraventanas de la pared contigua. Hasta que se separó para ver lo que había hecho no se dio cuenta de que había roto la pequeña esquina de la ventana que se abría sobre la rueda del

molino. Un primer sentimiento de pesar se borró al recordar que su abuelo insistía en que el molino, al igual que la habitación, se destruyese. ¡Qué importaba una ventana rota!

Volvió para recoger la lámpara. Al hacerlo, dio un empujón al escritorio para colocarlo junto a la pared. En ese momento, a sus pies, escuchó un crujido. Miró hacia allí. Una rana de patas muy largas o quizá un sapo -no podía distinguirse escabulló debajo del escritorio. Estuvo tentado de echar fuera al animal, pero pensó que su presencia no importaba demasiado. Si había sido capaz de sobrevivir en este cuarto, cerrado durante tanto tiempo, alimentándose de cucarachas y otros insectos, merecía que lo dejasen tranquilo.

Salió, cerró la puerta de nuevo y regresó al dormitorio principal. Pensó que, aunque fuera de modo superficial, por lo menos había dado un primer paso. Había examinado el terreno, por así decirlo. Y tras su pequeña ronda estaba el doble de cansado que antes. Aunque no era tarde, decidió irse a la cama y empezar temprano por la mañana. Había que ocuparse aún del viejo molino; quizá algo de su maquinaria, si quedaba alguna, podía venderse, y lo rueda era ahora una pieza rara: pocas ruedas de molino habían sobrevivido a su época.

Permaneció durante unos instantes en la galería. Acusó con cierta sorpresa los sonidos de los grillos y saltamontes, y el más sobrecogedor coro de chotacabras y ranas, que surgían de todas partes para asaltarle con una ensordecedora insistencia de tal proporción como para mitigar incluso el sonido procedente de Dunwich. Estuvo allí hasta que ya no pudo tolerar las voces de la noche por más tiempo; entonces volvió a entrar, cerró la puerta, y se dirigió al dormitorio

Se desvistió y se metió en la cama. Al cabo de una hora no había logrado dormirse, enervado por el coro de sonidos naturales generados fuera de la casa y dentro de él mismo, y por una creciente confusión acerca de lo que había dicho su abuelo sobre la «disolución» que él no había sido capaz de realizar... Pero por fin entró en un sueño intranquilo.

II

Se despertó al amanecer. Había descansado poco. Toda la noche había soñado con lugares extraños y seres que le llenaban de belleza y admiración y terrores. Nadaba en las profundidades del océano y en el Miskatonic entre los peces, los anfibios, y unos seres con aspecto de hombres y de batracios. Monstruosas entidades yacían durmiendo en una misteriosa ciudad de piedra en el fondo del mar, todo ello acompañado de música terriblemente extraña: flautas mezcladas a inquietantes sonidos ululares de gargantas muy distintas de las gargantas humanas. El abuelo Whateley, de pie ante él, le miraba con gesto de acusación, derramando su cólera por haber osado entrar en la habitación de la tía Sarah.

Estaba preocupado, pero le distrajo la necesidad de ir a Dunwich a buscar las provisiones que había olvidado traer con tantas prisas. La mañana estaba clara

y soleada; las avefrías y los tordos cantaban, y las perlas de rocío sobre las hojas y la hierba reflejaban la luz como miles de joyas por el camino de curvas que conducía a la calle principal del pueblo. A medida que se aproximaba se animaba más; silbaba alegremente, y esperaba cumplir cuanto antes sus compromisos, y después huiría de este desolado agujero con su humanidad decadente.

Bajo la luz del sol, la calle principal de Dunwich no era más acogedora que lo había sido bajo el crepúsculo del día anterior. El pueblo se escondía entre el Miskatonic y la abrupta falda del Monte Redondo. Era un oscuro y extraño nido de habitantes que no parecía haber entrado en el año 1900, como si el tiempo hubiese tropezado con un muro en el último recodo del siglo pasado. Su alegre silbido se desvaneció y murió. Desvió su mirada de los edificios ruinosos. Evitó las miradas sin expresión de los paseantes y fue directamente a la vieja iglesia convertida en tienda, que sabía encontraría fachosa y mal cuidada, igual que el resto del pueblo.

Un dependiente de cara delgada le observó acercarse por la nave lateral. Oteaba en sus facciones algo conocido.

Abner se dirigió a él y le pidió bacon, café, huevos y leche.

El dependiente le escudriñó. El permaneció quieto.

-Usted debe ser un Whateley -dijo por fin-. No creo que me conozca. Soy su primo Tobías. ¿Cuál de ellos es usted?

-Soy Abner, el nieto de Luther -dijo de mala gana.

La cara de Tobías Whateley se heló.

-El hijo de Libby. Sí, Libby, la que se casó con Jeremiah. ¿Pero es que habéis vuelto otra vez a casa de Luther? ¿No iréis a empezar cosas raras otra vez?

-No hay nadie más que yo -dijo Abner secamente-. ¿A qué cosas sé refiere?

-Si tú no lo sabes, no soy yo quien tiene que decírtelo.

Y Tobías Whateley no volvió a decir nada. Dio a Abner lo que éste necesitaba, cogió el dinero de mal humor y, mal encarado, le siguió con la mirada cuando salía de la tienda.

Abner estaba desagradablemente afectado. El brillo de la mañana se había atenuado para él, aunque el sol brillaba desde el mismo cielo despejado. Se apresuro a salir de la calle principal y de la tienda, y corrió por el camino hacia la casa que no hacía mucho tiempo había dejado.

Le molestó aún más descubrir, delante de la casa, un antiguo carromato tirado por un viejo caballo de labor. A su lado, estaba un niño de pie. Dentro se sentaba un viejo de barbas blancas que, al ver acercarse a Abner, pidió ayuda al niño para descender trabajosamente al suelo y permanecer de pie esperando a Abner.

Mientras Abner se acercaba, el niño tomó la palabra sin sonreír.

-El bisabuelo le hablará.

-Abner -dijo el anciano con voz temblorosa, mientras Abner se fijaba por primera vez en lo viejo que era.

-Este es el bisabuelo Zebulón Whateley -dijo el niño.

El hermano del abuelo Luther Whateley. El único Whateley que vivía de su generación.

-Venga, señor -dijo Abner ofreciendo su brazo al viejo.

Zebulón Whateley lo tomó.

Los tres anduvieron lentamente hacia la galería, donde el viejo se detuvo enfrente de los escalones. Volvió hacia Abner unos ojos negros rematados en tupidas cejas blancas, y movió la cabeza suavemente.

-Ahora, si me traes una silla, me sentaré.

-Trae una silla de la cocina, niño -dijo Abner.

El niño corrió hacia las escaleras y entró en la casa. Salió con la misma rapidez, trayendo una silla para el viejo. Le ayudó a sentarse y permaneció de pie a su lado, mientras Zebulón Whateley tomaba aliento.

Clavó la mirada en Abner. Observaba con especial detenimiento su ropa, que, a diferencia de la suya, no estaba hecha a mano.

-¿Por qué has venido, Abner? -preguntó ahora con voz más firme.

Abner le contestó tan simple y directamente como pudo.

Zebulón Whateley movió la cabeza.

-No sabes más que los demás, y menos que algunos -dijo-. Lo que hacía Luther sólo Dios lo sabe, porque ahora Luther se ha ido. Pero lo que te puedo decir, Abner, y te lo juro por Dios, es que no sé por qué Luther se encerró, y a Sarah con él, desde aquella vez en que ella volvió de Innsmouth. Lo que si sé, y te lo

puedo decir, es que fue algo terrible, terrible, y lo que ocurrió fue terrible. Ahora ya nadie puede echarle la culpa a Luther, ni a la pobre Sarah. Pero ten cuidado, ten cuidado, Abner.

-Estoy para cumplir la voluntad de mi abuelo -dijo Abner.

El viejo asintió. Pero sus ojos mostraban preocupación y estaba claro que confiaba poco en Abner.

-¿Cómo supo que estaba aquí, tío Zebulón? -preguntó Abner.

-Me llegó la noticia de que habías venido. Era mi deber hablar contigo. Pesa un maleficio sobre los Whateley. Algunos que ahora están bajo tierra han tenido que ver con el demonio, otros silbaban cosas terribles en el aire, y otros tenían que ver con cosas que no eran del todo humanas, ni del mar, pero vivían en el mar y nadaban -hasta muy lejos- en el mar. Y hubo quienes se encerraron en sí mismos y se convirtieron en seres extraños y aturdidos. Eso fue lo que ocurrió en Sentinel Hill aquella vez. Wilbur, el de Lavinny. Y ese otro de Sentinel Stone. Dios, tiemblo al pensar en ello.

-Bien, abuelo, no se excite -le reprendió el niño.

-No lo haré, no -dijo el viejo trémulamente-. Todo está muerto ahora. Está olvidado, por todos menos por mí y por aquellos que tomaron los signos que apuntaban hacia Dunwich, diciendo que era un lugar demasiado horrible para conocer...

Movió la cabeza y se quedó callado.

-Tío Zebulón -dijo Abner-. Nunca vi a mi tía Sarah.

-Claro que no, chico. Estaba encerrada en aquella época. Antes de que tú nacieses, creo que fue.

-¿Por qué?

-Sólo Luther lo sabía. Y Dios. Ahora Luther se ha ido, y parece que Dios no recuerda que Dunwich aún está aquí.

-¿Qué hacía la tía Sarah en Innsmouth?

-Visitaba a un pariente.

-¿Hay algún Whateley también allí?

-Whateley, no. Marsh. El viejo Obed Marsh, que era primo de papá. El y su mujer estaban en el comercio. En Ponapé, si sabes dónde está.

-Lo sé.

-¿Lo sabes? Yo no lo sabía. Dicen que Sarah había ido a visitar a alguno de los Marsh. Al nieto o al hijo de Obed. Nunca supe cuál. Nunca lo oí. No me importa. Allí pasó algo. Dicen que cuando vino estaba diferente. Inconstante. Desequilibrada. Le respondía de mala forma a su padre. Y luego, no mucho después, la encerró en esa habitación hasta que murió.

-¿Cuánto tiempo después?

-Tres, cuatro meses. Y Luther nunca dijo por qué. Nadie volvió a verla desde ese día hasta que fue sacada en el ataúd. Hace dos años, puede que tres. Un día por la noche, al año de haber vuelto de Innsmouth, ocurrieron cosas en esta casa. Peleas, gritos, chillidos. Casi todo el mundo en Dunwich lo oyó, pero nadie fue a ver lo que era, y al día siguiente Luther dijo que era sólo Sarah, víctima de un ataque de nervios. Pudiera ser. Pudiera ser algo más...

-¿Qué más, tío Zebulón?

-Obra del demonio -dijo el viejo inmediatamente-. Pero me olvido de que tú eres persona con estudios. No hay muchos Whateley que hayan recibido una educación. Lavinny leía libros, unos libros terribles que no eran buenos para ella. Y Sarah leyó algunos. Es mejor no tener ninguna instrucción que tener poca; no se puede andar por la vida sabiendo un poco, se anda mejor no sabiendo nada.

Abner sonrió.

-¡No te rías, muchacho!

-No me río, tío Zebulón. Estoy de acuerdo con usted.

-Entonces si te encuentras cara a cara con ello sabrás qué hacer. No te pararás a pensar. Simplemente lo harás.

-¿Con qué?

-Ojalá lo supiera, Abner, No lo sé, Dios sí lo sabe. Luther lo sabía. Pero Luther está muerto. Yo creo que Sarah también lo sabía. Y Sarah está muerta. Ahora nadie sabe qué era aquello tan terrible. Si yo rezase, rezaría para que no lo averigües tú. Pero si lo haces, no vayas más allá de lo que descubras, sólo haz lo que tienes que hacer. Tu abuelo tenía unas notas, búscalas. Puedes enterarte de qué clase de personas eran los Marsh. No eran como nosotros. Algo terrible les ocurrió. Y puede que también a Sarah...

Algo se interponía entre el viejo y Abner Whateley, algo no dicho, quizá desconocido; pero era algo que dio a Abner escalofríos, a pesar de sus esfuerzos conscientes para restar importancia a lo que sentía.

-Me enteraré de lo que pueda, tío Zebulón -prometió.

El viejo asintió e hizo una señal al niño. Le indicaba que deseaba levantarse, para volver al carro. El niño se apresuró.

-Si me necesitas, Abner, díselo a Tobías -dijo Zebulón Whateley-. Vendré si puedo.

-Gracias.

Abner y el niño ayudaron al viejo a subirse al carro. Zebulón Whateley levantó el brazo en señal de despedida. El niño azotó el caballo y el carro se puso en marcha.

Abner se quedó un instante mirando el vehículo que se alejaba. Estaba molesto y de mal humor. Molesto ante la sospecha de que algo terrible se escondía bajo las palabras de advertencia de Zebulón Whateley. De mal humor porque su abuelo, a pesar de todos sus deseos, le había dejado poco campo donde actuar. Pero esto pudo haber sido porque su abuelo creyese firmemente que Abner Whateley no se encontraría con nada peligroso al llegar a la vieja casa. No podía haber otra explicación.

Pero Abner no estaba plenamente convencido. ¿Era algo tan horrible que Abner no tenía necesidad de saberlo, a menos que fuese imprescindible? ¿O había dejado Luther Whateley alguna clave en algún otro lugar de la casa? Lo dudaba. No era el estilo del abuelo, siempre tan brusco y directo.

Entró en la casa con la compra, la guardó, y se sentó para establecer un plan de actuación. Lo primero que había que hacer era revisar el molino para ver si la maquinaria estaba en buen uso y podía ser aprovechada. Luego debía encontrar a alguien para que tirase el molino y la habitación que estaba encima. Luego tendría que alquilar o vender la casa y la propiedad adjunta. Un sentimiento de fatalidad le tenía convencido de que nadie querría instalarse en un lugar tan aislado del extremo de Massachusetts como era Dunwich.

Empezó de inmediato a cumplir con su obligación.

Su revisión del molino, sin embargo, le descubrió que la maquinaria que había estado allí -a excepción de las piezas que estaban fijas a la rueda- había sido retirada y posiblemente vendida. Quizá parte de la venta era el legado que Luther Whateley había depositado en el banco de Arkham. Abner ya no tendría que tirar la maquinaria antes de demoler el molino. El polvo que había en el molino casi le sofocaba; había más de una pulgada en todas partes, y se

levantaba en grandes nubes a su alrededor cuando caminaba a través de las habitaciones vacías y llenas de telarañas. El polvo envolvía sus pisadas, y estaba contento de dejar el molino para dar la vuelta y observar la rueda.

Se abrió paso por el borde del listón que sujetaba el eje de la rueda, poco seguro, puesto que la madera podía ceder y dejarle caer al agua; pero la construcción era firme, la madera no cedió, y pronto estaba en la rueda. Parecía ser un espléndido ejemplar de mediados del siglo XIX. Sería una pena destruirla, y podía hallarse un lugar para ella, bien en un museo o en alguno de esos edificios que estaban siendo reconstruidos por gente rica, interesada en conservar la herencia americana.

Estaba dispuesto a marcharse de la rueda, cuando sus ojos se posaron en una serie de huellas húmedas en las paletas. Se inclinó para observarlas mejor. Aparte de comprobar que estaban parcialmente secas, se dio cuenta de que eran huellas dejadas por algún animal pequeño, probablemente batracio -una rana o sapo- que aparentemente había subido a las paletas en las horas tempranas de la salida del sol. Elevó sus ojos y siguió la línea de las huellas hasta las ventanas rotas de la habitación de arriba.

Se paró un momento a pensar. Recordó el batracio que había visto en la habitación cerrada. ¿Se habría escapado por la ventana rota? O quizá alguno de su especie había acusado su presencia y había subido. Una cierta aprensión le sacudió, pero la eludió de su mente con irritación. A un hombre de su inteligencia no podía conmoverle la atmósfera de ignorancia, el misterio supersticioso que se desprendía del recuerdo de su abuelo.

Pero a pesar de todo, dio la vuelta y subió a la habitación cerrada. Esperaba, al abrir la puerta, encontrar algún cambio significativo en la habitación. Algo diferente de como la recordaba de la noche anterior, pero aparte de la luz poco usual, no había alteración alguna.

Cruzó hacia la ventana.

Había huellas en el antepecho. Había dos pares de ellas. Una parecía dirigirse al exterior, y la otra al interior. Las que salían eran pequeñas, sólo medían una pulgada de ancho. Las que entraban eran el doble de tamaño. Abner se inclinó y las miró fijamente, con fascinación.

No era zoólogo, ni tampoco un ignorante en el tema. Las huellas eran algo que nunca antes había visto, ni siquiera en sueños. Excepto en el hecho de ser o parecer palmípedas, eran las huellas perfectas en miniatura de manos y pies humanos.

Aunque buscó precipitadamente al animal, no vio señal de él, y finalmente, un poco turbado, salió de la habitación, y cerró la puerta tras de sí. Se arrepentía de haberse dirigido allí en un primer momento, haberse sentido impulsado a abrir

las contraventanas que durante tanto tiempo habían aislado la habitación del mundo exterior.

III

No le sorprendió del todo encontrarse con que nadie en Dunwich estaba dispuesto a llevar a cabo la demolición del molino. Incluso carpinteros que no habían trabajado durante mucho tiempo y estaban deseando hacer alguna obra dieron una serie de excusas, que Abner interpretó como subterfugios para encubrir el miedo supersticioso hacia el lugar en donde trabajarían. Se vio en la necesidad de encaminarse a Aylesbury, pero aunque no tuvo dificultad en contratar a un equipo de fuertes jóvenes para efectuar la demolición del molino, se vio forzado a esperar a que terminasen sus contratos en vigor y regresó a Dunwich con la promesa de que irían en «una semana o diez días».

Entonces se puso a ver las cosas de Luther Whateley que aún había en la casa. Había montones de periódicos -especialmente el *Arkham Advertiser* y el *Aylesbury Transcript*- amarillentos por el tiempo y la humedad, y llenos de polvo, que apartó para quemar. Había libros que decidió mirar uno por uno para no deshacerse de algo valioso. Y había cartas que hubiese quemado de inmediato, de no haberle saltado a los ojos el nombre «Marsh». Las leyó.

«Luther, lo que le ocurrió al primo Obed es una cosa peculiar. No sé cómo decírtelo. No sé cómo haré para que me creas. No estoy seguro de tener todos los datos. Pienso si no será otra cosa que patrañas deliberadamente inventadas para ocultar algo de naturaleza escandalosa, pues sabes que los Marsh siempre han sido exagerados y tienen una acusada inclinación al engaño. Es gente de intenciones poco claras. Siempre lo han sido.

»Pero la historia, según la escuché del primo Alizah, es que cuando él era joven, Obed y algunos otros de Innsmouth, navegando con sus barcos mercantes a las Islas Polinesias, encontraron allí gentes extrañas, que se llamaban los 'Profundos' y que eran capaces de vivir tanto en la tierra como en el agua. Anfibios, serían. ¿Parece esto creíble? A mí no. Lo más asombroso es que Obed y algunos de los otros se casaron con mujeres de ésas y las trajeron a vivir con ellos.

»Ahora bien, ésa es la *leyenda*. He aquí los *hechos.* A partir de ese momento, los Marsh han prosperado mucho en el comercio. A la señora Marsh nunca se la ve, excepto en aquellas ocasiones en que va a determinados asuntos secretos de la Orden de Dagon Hall. 'Dagon', según dicen, es un dios del mar. Yo no sé nada de estas religiones paganas, ni deseo saber. Los niños de Marsh tienen *un aspecto muy raro*. No exagero, Luther, al decirte que tienen la boca enorme y las caras sin barbilla y los ojos grandísimos y de mirada fija, ¡te juro que a veces parecen ranas en vez de seres humanos! No tienen, por cuanto yo puedo distinguir, *agallas*. Dicen que los Profundos sí tienen agallas, y que pertenecen a Dagon o alguna otra deidad del mar cuyo nombre no puedo pronunciar, y

menos aún transcribir. No importa. Es un galimatías tal que pueden haberlo inventado los Marsh para servir a sus propósitos. ¡Pero por Dios, Luther, a juzgar por los barcos que el capitán Marsh tiene en la India, que se mantienen a flote sin el más leve desperfecto ocasionado por tormentas o desuso -el bergantín *Columbia*, la barca *Sumatra Queen*, el *Hetty*, y algunos otros- parece como si hubiese hecho algún tipo de trato con el mismo Neptuno!

»Luego están todas las cosas que ocurren en la costa donde viven los Marsh. Nadan de noche. Nadan muy lejos, hasta el Arrecife del Diablo que, como sabes, esta a milla y media del puerto de aquí, de Innsmouth. La gente se aleja de los Marsh, excepto los Martin y algunos otros que estuvieron también comerciando en el este de la India. Ahora que Obed ha muerto -y supongo que la señora Marsh también, puesto que no se la ve por ninguna parte- los hijos y nietos del capitán continúan comportándose extrañamente.»

La carta continuaba con una relación de precios. Las cifras eran ridículamente bajas comparadas con las actuales, siglo y medio después, pues Luther Whateley sería un hombre joven, soltero, en la época en que esta carta fue escrita por Ariah, primo del que Abner nunca había oído hablar. Lo que tenía que decir de los Marsh no era nada, o era todo, quizá, si Abner hubiera tenido la clave. Creía, con gran irritación, que sólo tenía en sus manos algunas partes inconexas.

Pero si Luther Whateley se creyó estas patrañas, ¿habría permitido, años después, que su hija visitase a los Marsh? Abner lo dudaba.

Miró algunas otras cartas -facturas, recibos, relatos triviales de viajes hechos a Boston, Newburyport, Kingsport, tarjetas-, y llegó por fin a otra carta del primo Ariah, escrita, si la comparación de las fechas servía de evidencia, inmediatamente después de la que Abner acababa de leer. Había diez días de diferencia, y Luther pudo haber tenido tiempo para contestar a la primera.

Abner la abrió ansiosamente

La primera parte trataba de asuntos familiares concernientes al matrimonio de otra prima, evidentemente una hermana de Ariah; la segunda especulaba acerca del comercio futuro al este de la India, con un párrafo sobre un nuevo libro de Whitman, evidentemente Walt; pero la tercera parte era sin duda una respuesta a algo que el abuelo Whateley había preguntado acerca de la rama de la familia Marsh.

«Bien, Luther, puede que tengas razón en cuanto a que es un prejuicio racista el causante de los sentimientos contra los Marsh. Conozco cómo piensan aquí las gentes acerca de otras razas. Es una desgracia, pero quizá radica en la falta de educación la base de esos prejuicios. Aunque no estoy convencido de que *todo* se deba a un prejuicio de raza. No sé qué clase de raza podría dar a los Marsh, descendientes de Obed, ese extraño *aspecto*. La gente del este de la India que he

visto y recuerdo de mis primeros días en el comercio tiene facciones similares a las nuestras, y sólo es diferente el color de su piel, algo cobriza, diría yo. Una vez vi a un nativo de aspecto similar, pero evidentemente no era un indígena, pues le eludían los trabajadores que rondaban los barcos en el puerto donde le vi. He olvidado ya dónde fue, pero creo que era en Ponapé.

»A decir verdad, los Marsh se mantenían siempre muy unidos entre ellos y con esas familias que formaban su mismo clan. Más o menos controlaban el pueblo. Puede ser significativo -quizá se trató de un accidente- que un hombre conocido que habló contra ellos apareciese ahogado poco después. Soy el primero en admitir que coincidencias más apabullantes que éstas ocurren a menudo, pero puedes estar seguro de que la gente que sentía hostilidad hacia los Marsh se aprovechó de lo ocurrido.

»Como sé que tu mente analítica rechaza fríamente las habladurías, no quiero contarte más.»

Después de eso, ninguna otra alusión. Lo que Ariah escribió en las cartas siguientes trataba exclusiva y escrupulosamente de asuntos familiares de lo más trivial. Luther Whateley evidentemente había despreciado los rumores; ya de joven debió de haber sido una persona de férrea autodisciplina. Aparte de esa última carta, Abner no volvió a encontrar más que una sola referencia a algún hecho misterioso en Innsmouth. Era un recorte de periódico. Los términos poco concretos en los que se expresaba el reportero ponían de manifiesto que el propio autor del artículo no supo en realidad qué había ocurrido: se refería a la presencia de agentes del gobierno federal en los alrededores de Innsmouth, en el año 1928, a su intento de destruir el Arrecife del Diablo y la voladura de grandes zonas del puerto, y a la detención de varios miembros de las familias Marsh, Martin y algunos otros. Sea como sea, aquel artículo y los hechos a los que se refería eran bastante posteriores -en decenas de años- a las cartas de Ariah.

Abner se echó al bolsillo las cartas que trataban de los Marsh y quemó el resto de los papeles en una hoguera que hizo en la orilla del río. Vigiló un rato para que las pavesas no prendiesen la hierba de alrededor, que estaba muy seca. Agradeció el olor a humo, porque del río venía un olor a muerte producido por los restos de peces que habían servido de festín a algún animal, una nutria, pensó.

Mientras permanecía al lado del fuego, sus ojos vagaron por el viejo edificio Whateley, y vio, con tristeza, que había llegado el momento de derruir el molino, que los marcos de las ventanas que había roto en la habitación de la tía Sarah se habían caído y trozos de la ventana estaban esparcidos por las aspas de la rueda.

Cuando el fuego estaba lo suficientemente extinguido como para poder dejarlo, el día tocaba a su fin. Tomó una frugal comida, y sin querer leer una línea más

aquel día; decidió no intentar hallar las 'notas' de su abuelo a las que se había referido el tío Zebulón Whateley. Salió a contemplar el crepúsculo y la noche a la galería, desde donde se oían de nuevo in crescendo los coros de ranas y chotacabras.

Se retiró pronto, extrañamente cansado.

El sueño, sin embargo, no le venía. Por un lado, la noche de verano era calurosa; casi no había brisa. Por otro lado, sobre el croar de las ranas y de la demoníaca insistencia de los chotacabras, los sonidos del interior de la casa invadían su conciencia. Crujidos y gemidos de una casa de madera acomodándose en la noche; un peculiar sonido, como si algo se arrastrase, un medio saltar y un medio arrastrarse, que Abner achacó a las ratas, las cuales probablemente abundarían en la zona del molino. Los sonidos eran amortiguados y parecían llegarle desde muy lejos; y en una ocasión oyó un romper de madera y de cristal que, Abner pensó, probablemente venía de la ventana que daba al molino. La casa se estaba cayendo virtualmente a pedazos a su alrededor; era como si él mismo sirviese de agente catalítico para llegar a la disolución final de la estructura.

Esto le divirtió, puesto que, sin quererlo, estaba dando cumplimiento a lo que pedía su abuelo. Y así, confundido, se dejó vencer por el sueño.

Se despertó pronto esa mañana con el timbre del teléfono, cuya instalación había previsto durante su estancia en Dunwich. Ya había descolgado el receptor del viejo aparato colocado en la pared, cuando se dio cuenta de que se trataba de un cruce y no de una llamada para él. Sin embargo, la voz de mujer que estalló sobre él le dejó dolorido el oído con los gritos insistentes y se quedó helado con el auricular en la mano.

«Le diré, señorita Corey, oí cosas ayer por la noche. La tierra estaba hablando otra vez, y cerca de medianoche escuché ese grito. Nunca pensé que una vaca gritase de esa forma. Igual que un conejo, sólo que más fuerte. Era la vaca de Lutey Sawyer, la encontraron esta mañana, más de la mitad se la habían comido los animales…»

«Señora Bishop, no querrá usted decir… ¿Ha vuelto?»

«No lo sé. Por Dios espero que no. Pero es igual que la última vez.»

«¿Sólo atrapó esa vaca?»

«Sólo esa. No he oído de ninguna otra. Pero así fue como empezó la última vez, señora Corey.»

Silenciosamente, Abner colgó el auricular. Sonrió con una mueca irónica ante estas desbordadas supersticiones de los vecinos de Dunwich. Nunca había

sospechado a qué profundidades de ignorancia y superstición podían llegar los habitantes de lugares tan retirados como Dunwich, y esta manifestación era tan sólo una pequeña muestra.

Tenía poco tiempo, sin embargo, para entretenerse con el asunto. Debía ir al pueblo por leche fresca, y salió a la mañana de sol y nubes con una sensación de desahogo que le provocaba la pequeña escapada de la casa.

Tobías Whateley estaba más serio y hosco que nunca cuando Abner entró en la tienda. Abner sintió no sólo resentimiento, sino también un miedo tangible. Se quedó sorprendido. A todos los comentarios de Abner, Tobías respondía con monosílabos. Con objeto de hilvanar una conversación, empezó a contarle a Tobías lo que había escuchado en la línea telefónica

-Lo sé -dijo Tobías, bruscamente y mirando por primera vez a la cara de Abner con expresión aterrorizada.

Abner se sumió en el silencio. Al terror se mezclaba la animosidad en los ojos de Tobías. Abner leyó claramente cuáles eran sus sentimientos al verle bajar la mirada y tomar el dinero que le ofrecía.

-¿Has visto a Zebulón? -preguntó en voz baja.

-Estuvo en casa -dijo Abner.

-¿Hablaste con él?

-Sí, hablamos.

Era como si Tobías confiase en que ambos hubiesen tratado de ciertas cuestiones. A la vez, su actitud sugería que estaba aturdido por acontecimientos recientes. También parecía indicar que Zebulón no le había dicho lo que Tobías había esperado que el viejo le dijese, o que Abner había descuidado algunos de los consejos del tío. Abner empezó a sentirse totalmente perplejo; además de la conversación telefónica de las vecinas supersticiosas y de las misteriosas alusiones que el tío Zebulón había dejado entrever, la actitud de su primo Tobías le desconcertaba aún más. Tobías no parecía más inclinado que Zebulón a traducir en palabras lo que ocultaba tras sus ásperas facciones. Uno y otro actuaban como si Abner supiese de qué iba la cosa.

Se marchó desconcertado y se encaminó hacia la casa Whateley. Decidió no parar más hasta acabar con su tarea para poder alejarse cuanto antes de esa aldea perdida y de sus extraños y supersticiosos vecinos, incluidos sus mismos familiares.

Con este fin, apenas había acabado su desayuno reanudó su tarea y siguió inventariando las cosas de su abuelo. Había comido poco, pues la desagradable visita a la tienda le había quitado el apetito que había sentido antes de salir.

Tardó bastante en encontrar el documento que buscaba: un viejo libro mayor en el que, con su letra quebradiza, Luther Whateley había hecho algunas anotaciones.

IV

Después de haber comido algo, Abner permaneció sentado y, a la luz de la lámpara, abrió el libro sobre la mesa de la cocina. Las primeras hojas habían sido arrancadas, pero examinando los fragmentos de las hojas que aún estaban pegados a los hilos que cosían las páginas, Abner llegó a la conclusión de que estas hojas no habían contenido más que simples números. Pensó que su abuelo había querido aprovechar un viejo libro de contabilidad a medio rellenar, y había quitado las hojas utilizadas para apuntes más prosaicos que sus actuales anotaciones.

Desde el principio las notas eran misteriosas. Carecían de fecha y no llevaban más que el día de la semana.

«Este sábado, Ariah ha contestado a mi pregunta. S. fue vista algunas veces en compañía de Ralsa Marsh, el bisnieto de Obed. *Nadaban* juntos de noche.»

Esa primera anotación se refería claramente a la estancia de la tía Sarah en Innsmouth, y definía el tipo de preguntas que el abuelo había podido hacer a Ariah acerca de ella. Algo había inducido a Luther a llevar a cabo esa investigación, y por lo que sabía del carácter de su abuelo, Abner llegó a la conclusión de que la había iniciado después de la vuelta de Sarah a Dunwich.

La anotación siguiente consistía en un trozo de carta mecanografiada recibida por Luther Whateley, y que éste había pegado a continuación.

¿Por qué?

«Ralsa Marsh es probablemente el más repelente de la familia. Su aspecto alcanza casi la *degeneración*. Sé, porque tú mismo lo dijiste, que Libby es la más encantadora de tus hijas. De todos modos, no podemos comprender cómo Sarah pudo dar con alguien tan repulsivo como Ralsa... Un ser en el que todas esas características recesivas que se han dado en la familia Marsh, desde Obed y su matrimonio con la mujer polinesia (los Marsh han negado que la esposa de Obed fuese polinesia; pero él comerciaba por allí en aquella época, y no me creo esas historias de una isla que no aparece en el mapa y donde sostienen que habría encontrado a esa mujer) parecen haber alcanzado su máximo desarrollo.

»Por lo que ahora deduzco -después de todo han transcurrido más de dos meses, cerca de cuatro, me parece, desde su regreso a Dunwich- estuvieron constantemente juntos. Me sorprende que Ariah no te lo haya contado. A ninguno de nosotros se nos había encargado ni dado permiso para impedir que Sarah se viese con Ralsa. Además son primos, y es a los Marsh, no a nosotros, a quienes ella estaba visitando.»

Abner pensó que esta carta había sido escrita por una mujer, otra prima, que parecía reprochar a Luther, en un tono dolido, el haber enviado a Sarah a casa de los Marsh en lugar de mandarla a la suya. Era obvio que Luther, sin embargo, le había hecho ciertas preguntas sobre Ralsa.

La tercera anotación estaba de nuevo escrita por Luther, y resumía una carta de Ariah.

«Sábado. Según Ariah, los Profundos son una secta o un grupo semi-religioso. Son subhumanos. Se dice que viven en el agua y adoran a Dagon y a otro dios llamado Cthulhu. Tienen agallas. Se parecen más a las ranas o a los sapos que a los peces, pero sus ojos son ícticos. Asegura que la esposa de Obed era una de ellos. Afirma que todos los hijos de Obed llevaban las mismas características. ¿Los Marsh tendrían agallas? Si no, ¿cómo lograrían nadar milla y media, hasta el Arrecife del Diablo, y volver? Los Marsh comen poco. Pueden estar sin comer y sin beber durante mucho tiempo, disminuyen o aumentan de tamaño rápidamente.» (A esto Luther había añadido cuatro desdeñosos signos de exclamación.)

«Zadok Allen jura haber visto a Sarah nadar hacia el Arrecife del Diablo. Los Marsh la llevaban. Todos *desnudos*. Jura haber visto que los Marsh tienen la piel dura y cuarteada ¡algunos con *escamas*, como peces! ¡Jura haberlos visto bucear y comerse peces crudos! Los devoraban como bestias.»

La siguiente anotación consistía de nuevo en un párrafo de una carta, sin lugar a dudas en respuesta a otra escrita por el abuelo Whateley.

«Preguntas quién es el responsable de estas historias *ridículas* que circulan sobre los Marsh. Pues bien, Luther, sería imposible designar a alguien en particular, ni tampoco a una docena de personas, y eso en varias generaciones. Estoy de acuerdo en que el viejo Zadok Allen habla demasiado, bebe, y puede inventar muchas historias. Pero él es sólo uno entre muchos. El hecho es que esta leyenda -o *galimatías*, como tú dices- se ha extendido de una generación a otra, a lo largo de tres de ellas. No tienes más que mirar a algunos de los descendientes del Capitán Obed para comprender cómo pudieron surgir tales cuentos. Se dice de algunos hijos de los Marsh que eran demasiado horribles para mirarles a la cara. ¿Habladurías de viejas? Quizá, pero una vez, como el doctor Rowley Marsh estaba demasiado viejo para poder atender a una de las mujeres de Marsh, llamaron al doctor Gilman, y Gilman ha sostenido siempre que lo que trajo al mundo entonces era un ser que podía serlo todo, menos humano. Nunca

nadie llegó a ver a ese Marsh, aunque, después, hubo gentes que afirmaron haber visto *cosas que se movían sobre dos piernas pero que no eran seres humanos*.»

A continuación venía una breve, pero reveladora, referencia de dos palabras: «Sarah castigada».

Esto debió marcar la fecha en que Sarah Whateley fue encerrada en la habitación encima del molino. Seguían varias páginas en las que Luther no mencionaba para nada a su hija en sus anotaciones. Pese a que las notas no llevaban fecha alguna y se seguían una tras la otra, a juzgar por la diferencia en el color de la tinta, debían de haber sido escritas en épocas distintas.

«Muchas ranas. Parecen habitar en el molino. Parecen más numerosas que en los pantanos de la otra orilla del Miskatonic. Impiden dormir. ¿Aumenta también el número de chotacabras, o será mi imaginación?. Esta noche he llegado a contar treinta y siete ranas sobre los escalones del porche.»

Seguían más anotaciones de este mismo tipo. Abner las leyó todas, pero no encontró en ellas nada que le aclarara lo que el viejo había querido decir. Desde ese momento Luther Whateley parecía haber dedicado su libro a las ranas, a la niebla, a los peces, y a sus movimientos en el Miskatonic, cuando saltaban del agua, etcétera. Daban la impresión de ser datos sueltos, y no relacionados con el problema de Sarah.

Venía otro silencio a continuación, y luego aparecía una nota, una sola nota, y además subrayada.

«*¡Ariah tenía razón!*»

¿Pero en qué había tenido razón? se preguntaba Abner. ¿Y cómo supo Luther Whateley que Ariah había tenido razón ? No había nada que indicara que Luther y Ariah hubieran seguido escribiéndose, ni siquiera que Ariah lo hubiera hecho sin que el irascible Luther le preguntara nada.

A continuación venía una sección compuesta de recortes de periódicos pegados. Parecían no tener la menor relación entre sí, pero permitieron a Abner estimar que había pasado poco más de un año desde la última hasta la siguiente anotación de Luther, una de las más sorprendentes que Abner encontró. De hecho, el tiempo transcurrido parecía ser de casi dos años.

«R. ha vuelto a salir.»

Si Luther y Sarah eran los únicos habitantes de la casa, ¿quién era «R.». ¿Podía ser que Ralsa Marsh hubiese venido de visita y que fuera a él a quien se refería Luther? Abner lo dudaba, pues nada demostraba que hubiera podido existir un especial afecto de Ralsa Marsh por su lejana prima; de haber existido tal sentimiento, indudablemente no habría esperado tanto para ir en busca de ella.

La siguiente anotación parecía no tener nada que ver con la precedente.

«Dos tortugas, un perro, los restos de una marmota. Las dos vacas de Bishop, encontradas al final de la pradera, cerca de la orilla del Miskatonic.»

Un poco más adelante, Luther había apuntado otros datos similares.

«Después de un mes un total de 17 vacas y 6 ovejas. Horribles alteraciones; el tamaño está en proporción con la cantidad. Se ha presentado Z. Preocupado por lo que se rumorea por ahí.»

¿Podía Z. significar Zebulón? Abner pensaba que sí. Pero, por lo poco que Zebulón le había podido contar sobre la situación en la casa cuando la tía Sarah había sido encerrada, Abner dedujo que la visita del anciano había sido inútil. Zebulón -pensaba Abner, al recordar su conversación con él- sabía menos que él mismo después de haber leído las anotaciones de su abuelo. Pero sí conocía la existencia del libro, lo cual hizo suponer a Abner que Luther, al menos, había confiado a Zebulón que apuntaba ciertos datos.

Todas esas anotaciones parecían incompletas, misteriosas, como si, para entenderlas, se necesitara disponer de una clave, un conocimiento básico guardado por Luther Whateley. Y, sin embargo, un sentimiento de apremio empezó a manifestarse claramente en las notas siguientes del viejo.

«Ada Wilkerson ha muerto. Rastros de pelea. Profundo pesar en Dunwich. John Sawyer me amenazó con el puño, desde el otro lado de la calle, donde no le podía responder.»

«Lunes. Esta vez Howard Willie. Encontraron un zapato, ¡calzaba aún su pie!»

Las anotaciones llegaban ahora a su fin. Por desgracia muchas hojas habían sido arrancadas -algunas violentamente- pero no había ninguna aplicación que justificara esa violencia. No podía haberlo hecho nadie más que el propio Luther. Quizá, reflexionó Abner, Luther pensó que había hablado demasiado, e intentó destruir cualquier cosa que hubiera podido revelar a quien lo leyese posteriormente los verdaderos motivos del confinamiento de la tía Sarah. Si tal había sido su propósito, lo había logrado.

La siguiente anotación también hacía alusión al misterioso «R.».

«R. ha vuelto por fin.»

Luego: «Clavé las contraventanas de la habitación de Sarah.»

Y finalmente: «Una vez que haya perdido peso, habrá que mantenerle en una dieta rigurosa y un tamaño controlable.»

En cierto modo, esta era la anotación más enigmática de todas. ¿Era «él» también «R.»? Y si así era, ¿por qué había que mantenerle en una dieta rigurosa? ¿y qué quería decir Luther Whateley con lo de controlar su tamaño? Ni en el material que Abner había manejado hasta el momento, ni en estas anotaciones, ni en los fragmentos de relatos que quedaban en el libro, ni en las cartas previamente consultadas, por ninguna parte aparecía la respuesta a estas preguntas.

Apartó el libro y refrenó el impulso de quemarlo. Estaba exasperado, y su irritación no hacía más que crecer a medida que aumentaba en él la necesidad de conocer con urgencia el secreto inmerso en este viejo edificio.

Era ya muy tarde. Hacía mucho tiempo que la noche había caído. El inevitable clamor de las ranas y de las chotacabras había empezado de nuevo y llenaba toda la casa. Abner apartó momentáneamente de su pensamiento las anotaciones en apariencia inconexas que había estado leyendo. Todas las supersticiones de su familia le vinieron a la mente. Recordó especialmente aquellas en las que las ranas, las chotacabras y los búhos presagiaban la muerte. Por asociación de ideas, las ranas trajeron la imagen de la grotesca caricatura de un miembro del clan Marsh de Innsmouth, según la describía una de las cartas que Luther Whateley había conservado durante años.

Con asombro, Abner se dio cuenta de que un pensamiento tan casual le sumía en la perplejidad. El croar de las ranas y de los sapos se volvía cada vez más insistente. Pero, como los batracios siempre habían abundado en Dunwich, no había forma de saber cuánto tiempo llevaban croando en torno a la vieja casa de los Whateley. Abner no pensó ni un solo instante que su llegada tuviera algo que ver con aquello. Lo achacaba a la proximidad del Miskatonic. A su juicio, la vieja zona pantanosa que lindaba con Dunwich en la otra orilla del río explicaba la presencia de tantas ranas.

La exasperación y la preocupación que le causaban las ranas se desvanecieron. Estaba cansado. Se levantó y puso el libro de Luther Whateley dentro de una de sus maletas, con la intención de llevárselo cuando se marchase y no deshacerse de él hasta arrancarle alguna deducción. En alguna parte tenía que existir una clave. Si era cierto que habían ocurrido espeluznantes acontecimientos en aquella zona, tenía que existir algo más completo que las anotaciones lacónicas de Luther Whateley. No se conseguiría nada con preguntar a la gente de Dunwich; Abner sabía que mantendrían un silencio absoluto ante un forastero como él, a pesar de su parentesco con muchos de los vecinos.

Entonces pensó en los montones de periódicos, aún colocados fuera para ser quemados, y a pesar de su cansancio, empezó a repasar los montones del *Aylesbury Transcript*. Allí, de cuando en cuando, encontraba algún apartado relacionado con Dunwich.

Tras una hora de intensa búsqueda, recortó tres artículos de escasa entidad, pero que no habían aparecido en las secciones habituales reservadas a Dunwich. Corroboraban algunas de las anotaciones de Luther Whateley. El primero se titulaba: *Animal salvaje mata ganado cerca de Dunwich.*

«Algunas vacas y ovejas han sido degolladas en fincas de las afueras de Dunwich por lo que parece ser un animal salvaje. Las huellas dejadas en el lugar del suceso permiten suponer que se trata de una bestia de gran tamaño, pero el Profesor Bethnall, del Departamento de Antropología de la Universidad de Miskatonic, señala que no se puede descartar la presencia de manadas de lobos en el territorio salvaje que rodea Dunwich. Hasta ahora, y desde que el hombre se ha instalado en la Costa Este, por allí no se ha sabido nunca de ninguna bestia del tamaño que sugieren las huellas encontradas. Las autoridades del territorio están investigando.»

Por mucho que buscó, Abner no pudo encontrar ningún artículo que completase o ampliase esta información. Sin embargo, se tropezó con la historia de Ada Wilkerson.

«Una viuda, Ada Wilkerson, de 57 años de edad, que vivía sola a orillas del Miskatonic, cerca de Dunwich, puede haber sido víctima de un crimen vesánico hace tres noches. Al ver que no acudía a la cita que tenía en Dunwich con una amiga, ésta se hizo acompañar hasta el domicilio de la viuda. No encontraron huellas suyas. Sin embargo, la puerta de la casa había sido forzada y los muebles destrozados, como si se hubiese desarrollado una pelea. Por lo visto un fuerte hedor inundaba toda la casa. Hasta el momento de escribir este artículo, no se han vuelto a tener noticias sobre la señora Wilkerson.»

Los dos párrafos siguientes comunicaban que las autoridades no habían encontrado ningún rastro, ni ninguna explicación a la desaparición de la señora Wilkerson. Se volvió a mencionar la «gran bestia», así como las declaraciones del Profesor Bethnall sobre la posible existencia de una manada de lobos, pero nada más, pues la investigación había concluido y establecido que la señora Wilkerson no tenía ni dinero, ni enemigos, y que no existía nadie con motivos para matarla.

Finalmente aparecía el relato de la muerte de Howard Willie, con este titular. *Espantoso crimen en Dunwich.*

«En algún momento de la noche del día veintiuno, Howard Willie, de 37 años, nacido en Dunwich, fue brutalmente despedazado cuando se dirigía a su casa después de haber ido a pescar en el Miskatonic. El señor Willie fue atacado a una distancia de una milla y media del molino de Luther Whateley, mientras caminaba por un camino arbolado. En el suelo aparecieron huellas que permiten afirmar que hubo una salvaje pelea. El pobre hombre fue vencido. Sus agresores debieron haberle literalmente despedazado, pues los únicos restos

que se encontraron de la víctima consistían en su pie derecho, aún con el zapato puesto. No cabe duda de que había sido arrancado salvajemente de su pierna.

»Nuestro corresponsal en Dunwich nos comunica que las gentes del lugar están muy inquietas y viven en un estado de terror y de cólera. Existen sospechas de que ciertas personas conocidas puedan tener parte de culpa, aunque niegan rotundamente que alguien de Dunwich haya podido matar a Willie o a la señora Wilkerson, que desapareció hace dos semanas y de la que no se ha vuelto a saber nada.»

El relato concluía con algunos datos referentes a la familia de Willie. Luego, en posteriores ediciones del *Transcript,* sólo se mencionaba la ausencia de información sobre los sucesos de Dunwich, donde las autoridades y los periodistas tropezaron con un férreo muro de silencio; los vecinos se negaron en redondo a hacer el menor comentario sobre los recientes sucesos. Sin embargo, por algunos datos de la investigación que se filtraron a la prensa, era insistente la versión de que las huellas encontradas se perdían todas en las aguas del Miskatonic. Con eso, se sugería que si el responsable de la matanza de Dunwich era la misteriosa bestia, tenía que haber venido del río y haber vuelto al río.

Era cerca de medianoche cuando Abner acabó ese último artículo. Pese a la hora tardía, amontonó de nuevo los periódicos que no le interesaban, guardó los tres recortes que había leído, y el resto lo sacó a la orilla del río y le prendió fuego. Con la hoguera anterior, había quemado una considerable extensión de hierba y como no había aire, los riesgos de incendio eran nulos. Abner pensó entonces que no era preciso quedarse para vigilar el fuego. Mientras se alejaba oyó de repente, por encima del ulular de las chotacabras y el croar de las ranas, ahora en un desesperado crescendo, el ruido que hace la madera al desgarrarse y romperse. Pensó inmediatamente en la ventana de la habitación cerrada, y volvió sobre sus pasos.

A la tenue luz que el fuego proyectaba sobre la casa, Abner entreveía la ventana, y le pareció que era más ancha que antes. ¿Podía ser que el molino entero y parte de la casa se estuviesen derrumbando? Entonces, en un instante, pudo ver una sombra amorfa que desaparecía tras la rueda del molino, y unos segundos después oyó un chapoteo en el agua. El croar de las ranas había adquirido un volumen tan intenso que no pudo oír nada más.

Dispuesto a olvidarse de la sombra, la achacó al reflejo que las llamas proyectaban sobre la rueda. En cuanto al ruido del agua, podía haber sido producido por un banco de peces saltando en el agua. De todas formas, pensó que no estaría de más echar otra ojeada a la habitación de la tía Sarah.

Volvió a la cocina, cogió la lámpara, y subió las escaleras. Al abrir la puerta, el fuerte hedor que emanaba de la habitación cerrada le produjo casi un desmayo. El olor del Miskatonic, de los pantanos, la fetidez de ese resbaladizo material

que queda depositado entre las piedras y los escombros hundidos cuando las aguas del Miskatonic bajan de nivel, la mareante y violenta pestilencia que impregna la guarida de ciertos animales: todo esto se condensaba en la habitación cerrada.

Indeciso, Abner permaneció un momento de pie en el umbral. Pensó que el olor de la habitación podía haber entrado por la ventana abierta. Levantó la lámpara, de modo que la luz alumbrase más la parte superior de la pared, encima de la rueda del molino. A pesar de la distancia, vio inmediatamente que no sólo había desaparecido la ventana, sino también el marco. ¡Aun desde la puerta se notaba que el marco había sido roto *desde el interior!*

Se echó hacia atrás y cerró la puerta de un portazo. Bajó las escaleras corriendo, mientras en su cabeza su esquema de raciocinio empezaba a derrumbarse.

V

Abajo, intentó tranquilizarse. Después de todo, lo que había visto no era más que un detalle añadido a la proliferante acumulación de datos que parecían inconexos y en que tropezaba, una y otra vez, desde que llegó a casa del abuelo. Ahora, sin embargo, estaba convencido de que todos esos datos estaban relacionados entre sí, por muy inverosímil que esto le hubiera parecido hasta entonces. Y ahora lo único que necesitaba averiguar era qué hecho, qué elemento, los unía entre sí.

Se sentía muy perturbado, especialmente por la convicción de que poseía todos los datos que necesitaba, y sólo su rigor científico le impedía formular una primera suposición, establecer la premisa de la que se derivaban los hechos que se presentaban irrefutables. Todos sus sentidos le demostraban que algo -alguna bestia- habitaba en esa habitación. Era inimaginable pensar que los olores del exterior se condensaran en la habitación de la tía Sarah, y en cambio no se apreciasen fuera de la cocina o desde la ventana de su propia habitación.

La costumbre de racionalizar sus pensamientos estaba fuertemente enraizada en él. Cogió la última carta de Luther Whateley, la que le era dirigida, y otra vez, la volvió a leer. Eso era lo que su abuelo había querido decir con «tú has recorrido mundo y has recopilado conocimientos suficientes como para permitirte mirar las cosas con mente inquisidora, sin la superstición de la ignorancia ni la superstición de la ciencia». ¿Estaba este rompecabezas, con todas sus horribles consecuencias, más allá de la racionalización?

El timbre del teléfono interrumpió bruscamente la escalada de su confuso razonamiento. Guardó la carta en su bolsillo, corrió hacia el hall, y levantó el auricular.

La voz de un hombre chilló en la línea, entre un caos de voces inquisitivas, como si todo el mundo hubiese descolgado el auricular simultáneamente, a la

espera, como Abner Whateley de alguna comunicación sobre nuevas tragedias. Una de las voces -todas eran desconocidas para Abner- identificó a la persona que llamaba.

-¡Es Luke Lang!

-Reunid a un grupo de hombres y venid en seguida -gritó Luke con voz ronca-. Está merodeando fuera, en la puerta, en las ventanas, intenta abrir.

-Luke, ¿qué es? -preguntó una voz de mujer.

-¡Oh Dios! No pertenece a este mundo. Da saltos como si fuese demasiado grande para poder moverse normalmente; parece gelatinoso. Pero date prisa, date prisa antes de que sea demasiado tarde. Cogió a mi perro...

-Deja la línea para que podamos llamar pidiendo ayuda -interrumpió otro.

Pero Luke nunca escuchó esto.

-Está empujando la puerta, está derribando la puerta...

-Luke, Luke. ¡cuelga el aparato!

-Está intentando forzar la ventana ahora -la voz de Luke Lang se transformó en un grito de terror-. Ha roto el cristal. ¡Dios! ¡Dios! ¿Es que no vais a venir? ¡Oh, esa mano! ¡Ese terrible brazo! ¡Dios! ¡Esa cara...!

La voz de Luke dejó de oírse tras un horrible chillido. Se oyó el ruido del cristal que se rompía y el crujir de la madera que se desgarraba, y luego la casa de Luke Lang quedó en silencio, al igual que, por unos instantes, la línea. Entonces las voces irrumpieron de nuevo en un tono de pánico y de furia.

-¡Hay que pedir ayuda!

-Nos encontraremos en la casa de Bishop.

Y alguien dijo:

-¡Ha sido cosa de Abner Whateley!

Mareado por el duro golpe y medio paralizado por la evidencia, Abner luchó para retirar el auricular y desconectarse de la algarabía de dementes concentrados en la línea telefónica. Lo logró pero no sin un gran esfuerzo. Confundido, molesto, atemorizado, se quedó un instante apoyado en la pared. Sus pensamientos se arremolinaban en torno a un mismo eje: los vecinos de Dunwich le hacían responsable y le culpaban por lo que había ocurrido. Y esa

convicción general -lo intuía- se basaba en algo más que en la proverbial desconfianza del hombre del campo frente a cualquier forastero.

No quería pensar en lo que le había ocurrido a Luke Lang y a los otros. La voz de Luke, empavorecida, agonizante, aún resonaba en sus oídos. Se alejó de la pared. Casi tropezaba con las sillas de la cocina. Permaneció un instante al lado de la mesa, sin saber qué hacer, pero a medida que su mente se iba aclarando, pensaba que lo más urgente era escapar. Pero estaba aprisionado entre el deseo de huir, y la obligación con Luther Whateley, que no había cumplido aún.

Había venido, había repasado las cosas del viejo -todo excepto los libros- había hecho los preparativos necesarios para que derribasen la parte del edificio que daba al molino. En cuanto a la casa, podía venderla a través de alguna agencia. En resumidas cuentas, su presencia aquí ya no era necesaria. Sin pensarlo dos veces, corrió a su habitación y volvió a introducir en la maleta cuanto había sacado de ella, además del libro de Luther Whateley. La cerró y salió en dirección al coche.

Pero una vez instalado al volante, recapacitó y pensó que no tenía por qué huir. El no había hecho nada. Y no veía por qué tenía que recaer sobre él la menor culpa. Volvió a la casa. Todo estaba quieto, salvo el incesante e incansable coro de las ranas y de las chotacabras. Se quedó parado, sin saber qué hacer; entonces se sentó a la mesa y sacó, una vez más, la última carta de Luther Whateley.

La leyó de nuevo, despacio. ¿Qué había querido decir el viejo cuando, en su referencia a la locura de los Whateley, había dicho «No ha ocurrido lo mismo con todo lo que me ha pertenecido», aunque él se había librado de la locura? La abuela Whateley había muerto mucho antes de nacer Abner; su tía Julia había fallecido muy joven; su madre había llevado una vida intachable. Quedaba su tía Sarah. ¿Cuál había sido su locura entonces? Luther Whateley no podía referirse a nadie más. Sólo quedaba Sarah. ¿Qué había hecho para que la encerraran hasta su muerte?

¿Y qué pretendía con aquella orden a Abner para que matara cualquier cosa en la parte del molino, cualquier cosa viva? *No importa su pequeñez. No importa su forma*... ¿Incluso algo tan pequeño e inofensivo como un pequeño sapo? ¿Una araña? ¿Una mosca? Luther Whateley escribía en forma de acertijos, cosa que resultaba bastante irritante para un hombre inteligente. ¿O tal vez pensaba su abuelo que Abner era un esclavo de la superstición científica? Hormigas, arañas, moscas, diversas clases de insectos, ciempiés, todos ellos plagaban la parte vieja del molino; e indudablemente, en sus paredes también había ratones. ¿Esperaba Luther Whateley que su nieto exterminase todos estos bichos?

Detrás de él, de repente, el cristal de la ventana se hizo añicos y cayó al suelo, junto con otro objeto. Abner se puso de pie y dio media vuelta. Fuera se oían unos pasos que se alejaban a ritmo de carrera.

Vio una piedra en el suelo, entre los cristales rotos. Había un trozo de papel atado alrededor con una cuerda. Abner lo cogió, rompió la cuerda y desplegó el papel.

Se presentó a sus ojos una tosca letra: «¡Lárgate antes de que te maten!» El papel provenía de la tienda, así como la cuerda que lo ataba a la piedra. Más que una amenaza era una bien intencionada advertencia. Y era claramente obra de Tobías Whateley, pensó Abner. La tiró con desprecio sobre la mesa.

Su cabeza era un auténtico revoltijo de pensamientos, pero llegó a la conclusión de que no era necesario huir precipitadamente. Se quedaría, no sólo para saber si sus sospechas acerca de Luke Lang eran ciertas -como si la evidencia del teléfono diese lugar a dudas-, sino también en un intento desesperado para descubrir la solución del acertijo que Luther Whateley había dejado tras de sí.

Apagó la luz y, a oscuras, se dirigió a su habitación; se echó en la cama sin desnudarse.

No podía dormir. Intentaba ordenar sus pensamientos, encontrar un sentido a este cúmulo de datos, aferrado a su convicción de que existía un dato básico, clave de todos los demás, y que tenía que encontrarlo porque lo tenía delante de sí -había sido incapaz hasta el momento de reconocerlo e interpretarlo.

Llevaba menos de media hora tumbado, cuando oyó, más fuerte que el coro de las ranas y de las chotacabras, un chapoteo que provenía del Miskatonic. El ruido se acercaba, como si una gran ola barriese las orillas. Se sentó para escuchar mejor. Pero el ruido también cambió, y éste, desgraciadamente, sí podía identificarlo: alguien intentaba trepar por la rueda del molino.

Se levantó y salió del cuarto.

De la habitación cerrada provenía el ruido de un cuerpo pesado que se arrastraba y caía. Luego se oyó un curioso y entrecortado quejido, parecido al de un niño llamando desde lejos, y finalmente se restableció la calma y el silencio. Incluso el croar de las ranas pareció desvanecerse y morir.

Volvió a la cocina y encendió la lámpara.

Proyectando la luz amarillenta de la lámpara hacia delante, Abner se dirigió lentamente escalera arriba, en dirección a la habitación cerrada. Andaba suavemente, despacio, sin hacer ruido.

Al llegar a la puerta, escuchó. Al principio no oyó nada, pero al poco rato un susurro llegó a sus oídos.

¡Algo en aquella habitación *respiraba!*

Luchando contra el miedo, Abner puso la llave en la puerta. Abrió y levantó la lámpara.

El asombro y el terror le paralizaron.

Allí, agazapado en medio de la cama deshecha y tanto tiempo abandonada, se sentaba un monstruo, una criatura de piel dura, que no era ni hombre ni rana, ahíta de comida, con unos hilos de sangre que caían aún de sus mandíbulas batracias y goteaban entre sus dedos palmípedos. Era una cosa monstruosa que tenía unos brazos largos y fuertes, que salían de su cuerpo bestial como las patas anteriores de una rana, y terminaban en algo que, de no ser por las membranas que unían los dedos entre sí, hubieran podido ser unas manos humanas.

La escena no duró más que unos breves instantes.

Entonces, con un gruñido enfurecido -«*Eh-ya-ya-ya-yaa-haah-ngh'aaa-h'yuh-h'yuh*»-, el gigantesco monstruo se levantó y se abalanzó sobre Abner.

Su reacción fue instantánea, nacida de una terrible y explosiva revelación. Lanzó la lámpara llena de petróleo hacia el monstruo que se echaba sobre él.

El fuego envolvió a la bestia. Se detuvo y empezó a tocarse desesperadamente el cuerpo ardiendo, sin percatarse de las llamas que surgían de la cama, detrás de ella, y en el suelo de la habitación. Al mismo tiempo, el timbre de su voz varió, y de profundo gruñido se transformó en un escalofriante gemido: «*¡Mama-mama-ma-aa-ma-aa-ma-aah*!»»

Abner cerró la puerta y salió corriendo.

Bajó las escaleras, tropezando, cruzó apresuradamente las habitaciones de abajo; con el corazón latiendo locamente, salió de la casa. Medio cegado por el miedo, se metió en el coche, dio al contacto, y se alejó de ese maldito lugar del que ya salía humo, mientras las llamas se extendían por la armazón de madera de la casa y empezaban a reflejar su rojizo color en el cielo.

A través de Dunwich, por el puente cubierto, conducía como un poseso. Mantenía los ojos entrecerrados, como para borrar para siempre la escena que había presenciado, mientras las oscuras montañas parecían querer atraparlo y el coro de las ranas y de las chotacabras se burlaba de él.

Pero nada podía borrar esta definitiva y fulgurante revelación que se había grabado en su mente. Ahora sabía que la clave la había tenido todo el tiempo, pese a que no lograra reconocerla, en sus propios recuerdos y en las anotaciones de Luther Whateley. A esa nueva luz, todas las piezas del rompecabezas se ensamblaban y todo cobraba su pleno sentido. La carne cruda que subían a la habitación y que Abner, de niño, creía que la tía Sarah preparaba en su cuarto,

en realidad estaba destinada a ser *comida cruda*. La corta e incomprensible nota sobre «R.» que «por fin» había vuelto después de su escapada, implicaba que había regresado al único hogar que «R.» conocía. También entre las aparentemente inconexas anotaciones de su abuelo, la mención de las desapariciones de vacas, ovejas y otros animales aclaraba ampliamente esa otra referencia de Luther Whateley a «R.» ya que «el tamaño está en proporción con la cantidad de comida», y explicaba también lo que significaba otra nota que decía: «habrá que mantenerle en una dieta rigurosa y un tamaño controlable» -¡como la gente de Innsmouth!- «controlado» hasta casi extinguirse tras la muerte de Sarah. Entonces Luther pensó que, dejando a la criatura encerrada sin comida en la habitación, acabaría por matarla irremisiblemente. Sin embargo, ante la duda de que aquello fuera imposible ordenó a Abner que matara «cualquier cosa viva» que pudiera encontrar en el cuarto. La cosa que Abner había liberado sin darse cuenta al romper las ventanas y contraventanas, la había liberado para que buscase su propia comida y volviese a crecer endiabladamente, al principio con peces del Miskatonic, luego con pequeños animales, luego ganado, y finalmente con seres humanos. Esa cosa que era mitad batracio mitad ser humano, pero lo suficiente humana como para regresar al único hogar que conocía y llamar aterrorizada a su madre ante el terrible desenlace, la cosa que había nacido de la unión no bendita de Sarah Whateley y Ralsa Marsh, llena de sangre, el monstruo que merodearía para siempre en la mente de Abner Whateley. ¡Su primo Ralsa, obligado a permanecer en la vieja casa por el deseo férreo de su abuelo, en lugar de haber sido soltado hace tiempo al mar para que se uniese a los Profundos entre los súbditos de Dagon y del Gran Cthulhu!